

Arturo Gazul  
Recuerdo de una visita a Blasco Ibáñez  
(*El Pueblo*, 1-3-1928)

Salvador Trevijano —un novelista extremeño, menos conocido de lo que merece su obra, densa y vigorosa— me había rogado que visitara en su nombre a Blasco Ibáñez. Le unía al autor de *La barraca* reciente amistad, consagrada por una visita que el señor Trevijano le hiciera en Menton. A la sazón, me encontraba en Niza, a dos pasos del retiro del novelista. En tren o en auto, Menton supone un paseo delicioso, entre el mar y los Alpes, a través de villas de ensueño y de pueblos pulidos y alegres. El artificio que puso la civilización en los jardines recortados, los grandes hoteles y los suntuosos casinos, queda allí engrandecido por la majestad de la montaña y la gracia azul del Mediterráneo.

Pedida la audiencia, ya que de otro modo era muy difícil ser recibido por Blasco, a los ocho días recibí respuesta a mi carta, fijando día y hora para la entrevista. Sabíamos que muchos españoles no habían podido forzar la puerta de la villa Fontana-Rosa. Estaban todavía recientes los acontecimientos políticos que tanto habían traído y llevado el nombre de Blasco Ibáñez. Esquivaba esta la visita de los indiscretos. Absorbido por su labor literaria, le era necesaria, además, una selección entre la avalancha de gentes del mundo entero que, de paso o de temporada en la Costa Azul, querían saludarlo o conocerlo personalmente. En esa época salía poco de su villa y no solía encontrarsele, como antes, en el Casino de Montecarlo o en el Negresco de Niza.

Era un templado día de primavera el fijado para mi visita. Tomé uno de los trenes-tranvías que cada hora recorren la Costa Azul, limpios, familiares y no muy rápidos, que van bordeando la costa como recreándose en sus bellezas. Una hora escasa de viaje; golfos de vista maravillosos; la bahía de Villefranche, Beaulien; Montecarlo, con el casino sobre la estación; bonita y alegre construcción dominadora, en la que aletea el cuervo de su leyenda de suicidios y ruinas; el paisaje tantas veces descrito con pinceladas maestras en *Los enemigos de la mujer* y otras novelas que tienen por escenario este paraíso de los ricos.

Mentón tiene su estación central amplia y clara, en la parte nueva de la ciudad, y otra a modo de apeadero en las afueras, ya dejando atrás la parte antigua, asentada en una colina; se llama Menton-Garavan. Es la última estación francesa. Muy pronto el tren desaparece en un túnel, tras del que se ofrece ya la tierra italiana. Ventimiglia apenas tarda ya veinte minutos; estación fronteriza que ahora marca la divisoria de dos mundos. La dulzura de la tierra y la simpatía de la raza hacen olvidar pronto el cambio.

Menton-Garavan bien podía llevar otro nombre: «Fontana-Rosa» o «Menton-Blasco Ibáñez». No hay allí más que una agrupación de villas y chalets; la del novelista está tan próxima al apeadero que más parece una dependencia de la finca. A dos metros, la verja que cierra el jardín, y, en seguida, el pabellón donde habita y trabaja. La montaña está tan encima, que los jardines forman terrazas escalonadas dominando el mar en brusca pendiente; en la parte alta, libre de sombras, había hecho construir Blasco un nuevo pabellón iluminado de azulejos valencianos, de traza cúbica y muy moderna. Por todas partes, palmeras, magnolias, rosales, fuentes y estatuas; un bello retiro, más que suntuoso, pintoresco y amable. Le había tomado mucho apego su propietario y estaba siempre ideando en él reformas. Albañiles y jardineros trabajaban con su dirección. Al entrar yo, gritaba entre ellos imperiosamente, con mando seguro de hombre acostumbrado a ordenar en jefe.

No bien hubo de llamarle la atención su secretario, un joven brasileño embutido en un guardapolvo de viajante de comercio, vino a mi encuentro, recibéndome con la más llana afabilidad:

—Pase usted a mi despacho y charlaremos un rato. Le esperaba a usted hace un cuarto de hora.

La primera impresión que producía el novelista era la de una franca cordialidad confirmada luego en su trato. Era un hombre sencillo, espontáneo y exuberante. Sus rasgos de megalomanía eran disculpables más que por su natural engreimiento de triunfador por el tono sincero y hasta ingenuo con que cantaba su propia alabanza. Condición preferible a la de esas vanidades reflejas y disimuladas de tantos grandes hombres.

Su figura ofrecía para mí el escamoteo del color. A través de las fotografías me lo había imaginado moreno y sensual, un tipo de sultán levantino. Me encontré a un señor más bien rubio y como desteñido,

blanco y sanguíneo, del que más que arrogancia y sensualidad emanaba una extraordinaria energía. No parecía muy cuidadoso de su persona: llevaba una pelliza y camisa floja, pero distaba mucho su porte de aquel retrato repugnante que hiciera de él un periodista muy popular.

Resuelto el asunto que allí me llevaba en cuatro palabras, del modo más expeditivo, propio de un hombre acostumbrado a resolver pronto y radicalmente, me retuvo unas horas hablándome de mil cosas. Cada vez que yo hacía ademán de partir volvía a rogarme que continuara, gustoso en seguir su charla. Hubiera pensado que no tenía nada que hacer si no observara el amontonamiento de libros y papelotes en aquella mesa amplia, como mesa de plancha y las cuartillas interrumpidas, fresca aún la tinta de los últimos renglones.

—Estoy escribiendo la novela de Colón. Esta serie de novelas sobre el descubrimiento de América será mi obra cumbre, pero me ocupa mucho tiempo, he de consultar tantos libros, compulsar tantos datos...

Apenas si yo le podía preguntar o apuntar una observación. Su palabra fluida con un torrente en el que la mía vacilante y tímida, era arrastrada. La misma exuberancia de su estilo de novelista advertíase en esta desbordante charla que yo escuchaba interesado siempre, y a ratos poseído de esa nerviosidad que produce la imposibilidad de la discusión o del sereno diálogo mano a mano con los hombres expansivos y locuaces.

Nada de altisonancias ni prurito de frases; no era Blasco hombre de afectaciones ni de engolamientos, ni se paraba mucho a pensar lo que decía: hablaba en él la pasión más que la inteligencia, pero su charla resultaba amena y colorida, simpática. Su acento valenciano y algún que otro adjetivo rotundo denunciaba su fuerte raigambre popular. Tras su cosmopolitismo y sus aires de gran señor aparecía el valenciano, el autor de *La barraca* y *Cañas y barro*, y el mentor revolucionario: muy siglo XIX.

Me habló de sus viajes apenas hube de insinuar un elogio de su libro *La vuelta al mundo*, a mi juicio lo mejor que se ha escrito en su género, lo más bellamente descriptivo. De cuanto había visto lo que más le interesaba era la China, pueblo llamado a hacer la revolución asiática tan temida en Europa. Pensaba volver allá en cuanto se lo permitiera su labor. Sabiéndome extremeño me habló de mi tierra, que ha visitado durante su último viaje a España.

Mérida le interesaba mucho. De allí vino a recaer en Sevilla, elogiando su belleza. Al decirle que yo escribía en *El Noticiero Sevillano* tuvo un recuerdo confuso:

—Creo que ese periódico me puso verde cuando estuve allí.

—No —hube de responderle—, debió ser otro, lo aseguro. —Y le declaré la orientación ideológica de cada diario sevillano.

—¿Quién es el director de *El Noticiero Sevillano*?

—Don Juan Carretero y Luca de Tena, excelente persona.

Noté el efecto que le hicieron los dos apellidos.

Tras de este diálogo vino Blasco Ibáñez a un terreno que yo hubiese querido soslayar por respeto a su personalidad literaria y por discreción de visitante. Estaba demasiado reciente aquel movimiento político del que fue desdichado inspirador. Fue una torpeza insigne de la que él pretendía exculparse no en cuanto a su actitud siempre rebelde, sostenida y reiterada en sus palabras, sino en cuanto al giro que tomaron los acontecimientos.

—Yo conozco bien a mi país —decía—; yo estaba seguro que aquellos pobres muchachos iban al fracaso; ¿cómo es posible que los metiera en una aventura que no podía tener otra finalidad que el ridículo o la tragedia?

—He cumplido con mi deber; la historia nos juzgará a todos.

Temía acerbos censuras para la juventud española.

—Aparte algunas cartas de amigos y simpatizantes conocidos no he recibido más adhesión que la de un muchachito aragonés, una carta tan expresiva y noble que se la voy a enseñar... Esto sí que me ha dolido, esta soledad, este abandono en que me han dejado los que en conciencia debieron solidarizarse conmigo...

Hablándome luego de su juventud, de sus luchas y sacrificios por el ideal:

—Yo pasé en la cárcel los mejores años de mi vida; hoy, ustedes, los jóvenes, son de otra sangre..., fríos, egoístas... Me hablan de que hay tanta o cuanta opinión liberal, ¡mentira, mentira!

Hablaba el hombre siglo XIX, apasionado, vibrante, arrebatado, el hombre de mitin y periódico republicanos. Por encima de sus defectos y flacos humanos, al margen de su vida aventurera, yo admiraba la sinceridad y nobleza de sus convicciones políticas. Cuando aquel

hombre proclamaba su amor a la democracia y sus ideales de libertad y ciudadanía hablaba la verdad, una fe sostenida e inquebrantable. A su lado aparecía el megalómano, la ingenua creencia en un poder político ilusorio. «Tengo a mi disposición catorce periódicos en París, veinte en Inglaterra y sesenta en los Estados Unidos... Una palabra mía es una orden... Llevo gastados tantos millones... El Gobierno francés etc., etcétera». De una parte, pues, desconfianza y desencanto absoluto frente a la opinión española; de otra, una confianza limitada y pueril en el apoyo extranjero.

—No sé qué hará Unamuno, si nos levantan el destierro; yo no volveré; se lo he dicho a los míos, «quiero que me entierren aquí».

Me parece ver ahora el gesto de tristeza con que pronunció esta frase. Tenía algo de presentimiento. Y, sin embargo, todo hablaba en torno suyo de vida, de actividad, de ilusiones y proyectos. ¡Qué formidable constructor literario! Digan lo que quieran, el arte de hoy, a mí por lo que a la novela respecta, será el más fino, más inteligente, más puro, pero esas plumas de ayer que desaparecen dejan un vacío que no puede llenarlo esta otra literatura, manjar delicado de contadas minorías. Y si ha de haber una novela, un teatro, una poesía, más bastos pero más asimilables, si es necesario para la cultura general una literatura que ponga la belleza al alcance de todos, no veo sino incomprensión y terquedad en renegar de sus cultivadores cuando estos reúnen positivos talentos y cuando el puesto de unos no pueden ocuparlo otros. Ocurriría que vendrían a sustituir a aquellas los valores inferiores y reprobables. Del mismo modo creemos no menor incomprensión el encono contra el cultivo de una literatura exquisita, elevada, de «élite», y los tanteos renovadores y vanguardistas porque la vida del arte estriba en una permanente evolución orgánica y formal.

Con más afabilidad aún que fui recibido fui despedido por el gran novelista, no sin arrancarme la promesa de nueva visita. Lo que prueba que aquel hombre con fama de interesado y utilitario estaba pronto a acoger a un cualquiera sin otra razón que presentarse a él correctamente y producirle una grata impresión. Y que no era avaro de su tiempo cuando estaba a vena expansiva —que este tiempo sí que era oro.

Sea nuestro último recuerdo para el hombre un eco de gratitud por su acogida, y, para el literato, un sentido pésame a las letras españolas, que acaban de perder su más potente y universal cultivador.

